

Hackers, activistas, espías y bromistas

Las mil caras de Anonymous

Gabriella Coleman



gibg

LAS MIL CARAS DE ANONYMOUS

Título original:

Hacker, Hoaxer, Whistleblower, Spy.

The Many Faces of Anonymous

© Gabriella Coleman, 2014

Publicado bajo licencia de Verso – New Left Books

© de la traducción: Gerardo Di Masso Sábolo, 2016

© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Déu i Mata, 127, 1er – 08029 Barcelona

www.arpaeditores.com

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-16601-01-1

Depósito legal: B.549-2016

Diseño de cubierta y maquetación: Estudi Purpurink

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

LAS MIL CARAS DE ANONYMOUS

Hackers, activistas, espías y bromistas

Gabriella Coleman

Traducción de Gerardo Di Masso

*Este libro está dedicado a las legiones
que hay detrás de Anonymous:
a aquellos que han llevado la máscara en el pasado,
a aquellos que aún hoy se atreven a defender una postura,
y a aquellos que sin duda volverán a sublevarse en el futuro.*

ÍNDICE

[INTRODUCCIÓN: «Y AHORA HABÉIS CAPTADO NUESTRA ATENCIÓN»](#)

[1. SOBRE TROLS, EMBAUCADORES Y EL LULZ](#)

[2. PROYECTO CHANOLOGY: VINE POR EL LULZ PERO ME QUEDÉ POR LA INDIGNACIÓN](#)

[3. LAS ARMAS DE LOS GEEKS](#)

[4. EL DISPARO QUE RESONÓ EN TODO EL MUNDO](#)

[5. ANONYMOUS EN TODAS PARTES](#)

[6. "MORALFAGGOTRY" EN TODAS PARTES](#)

[7. LA VENGANZA DEL LULZ](#)

[8. LULZSEC](#)

[9. ANTISEC](#)

[10. EL DESEO DE UN SECRETO ES SER REVELADO](#)

[11. EL SABUTAJE](#)

[CONCLUSIÓN: AURORA](#)

[EPÍLOGO: EL ESTADO DE ANONYMOUS](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota sobre las fuentes](#)

[Notas del traductor](#)

[Notas](#)

INTRODUCCIÓN:

«Y AHORA HABÉIS CAPTADO NUESTRA ATENCIÓN»

El 29 de julio de 2007, una entidad autodenominada Anonymous — desconocida en aquel momento para todo el mundo excepto para los más eruditos cibernautas— colgó un vídeo en YouTube. En él, una nota musical digital, metálica, resuena mientras un hombre sin cabeza y vestido con traje aparece sobre un fondo blanco. Una voz masculina comienza a hablar a través de la interferencia: «Querida Fox News», entona la voz.¹ El programa de noticias había dedicado en fecha reciente un segmento completo a un grupo al que describía como «La Máquina del Odio de Internet», un título que el colectivo adoptaría posteriormente como lema honorífico.

Para un colectivo que disfruta con el engaño y la astucia, esbozar una simple sonrisa y desmentir semejante información pública hubiese significado perder una excelente oportunidad. Y por esa razón, la voz de Anonymous, grave e inquietantemente lenta y pesada, continúa: «El nombre y la naturaleza de Anonymous han sido devastados, como si se tratara de una prostituta en un callejón, y exhibidos luego ante la opinión pública. Permitidme que lo exprese de una manera muy simple: os habéis equivocado totalmente sobre quién y qué somos... Somos todos y no somos nadie... Somos el rostro del caos y los heraldos del juicio. Nos reímos ante la tragedia. Nos burlamos de los que sufren. Arruinamos las vidas de los demás simplemente porque podemos... Un hombre descarga su agresividad con un gato, nos reímos. Cientos de personas mueren en una catástrofe aérea, nos reímos. Somos la encarnación de una humanidad sin remordimiento, sin cariño, sin amor y sin sentido alguno de la moralidad.»

El vídeo concluye, «AHORA... HABÉIS CAPTADO... NUESTRA ATENCIÓN».

Ellos sin duda captaron la mía. Poco después de la publicación del vídeo, me vi inmersa en un proyecto de investigación de varios años sobre ese colectivo del que solo ahora he conseguido salir (este libro es la expresión monumental de esa lucha). El vídeo

pretendía satirizar la caracterización hiperbólica que Fox News hacía de Anonymous como los máximos proveedores de bromas pesadas y troleo en Internet, «hackers chutados de esteroides», como les había denominado la Fox. Y, sin embargo, los sentimientos de miedo y el estilo escalofriante del vídeo plasmaron a la perfección el lado más aterrador de los trols. En lugar de desmentir el retrato ridículamente unidimensional de Fox News, el vídeo vino a confirmarlo plenamente, aunque solo, por supuesto, para aquellos que no estaban en el ajo.

Este doble significado refleja en una palabra el humor macabro de Anonymous (el lulz, lo llaman ellos). El lulz —un humor descarriado y un estado cuasi místico— ha evolucionado con Anonymous desde el principio, como veremos más adelante. Hubo un tiempo en el que difundir el caos del lulz era todo lo que parecía interesarle a Anonymous. Pero poco después de la aparición de este vídeo paródico y grandilocuente, Anonymous se hallaba en el centro de centenares de “operaciones” políticas, llegando a representar, incluso, una parte esencial de algunas de las luchas políticas más complejas de nuestra época. En solidaridad con los manifestantes tunecinos, en enero de 2011 Anonymous hackeó los sitios web del gobierno de Túnez; meses más tarde, el colectivo de indignados del 15-M español proyectó sobre un edificio de la Puerta del Sol la firma icónica colectiva representada por la máscara de Guy Fawkes; y miembros de Anonymous difundieron algunos de los primeros llamamientos a ocupar Wall Street.

Para entonces, el colectivo ya se había convertido en una fuerza política y social mediante una serie de operaciones que siguen siendo algunas de sus acciones más memorables. En 2008, partidarios de una nueva orientación para Anonymous desafiaron a la Iglesia de la Cienciología después de que la conflictiva organización intentase censurar un famoso vídeo grabado por Tom Cruise. Originados por la gracia de lulz, los Anons descubrieron tanto su poder para impactar en las luchas globales como el placer que esos compromisos podían reportarles. Dos años más tarde, en diciembre de 2010, Anonymous se hizo todavía más conocido a raíz de la “Operación Vengar a Assange”. Iniciada por AnonOps, uno de los nodos más militante y prolífico del colectivo, muchos Anons participaron en una acción digital directa mediante una campaña de denegación de servicio distribuido (DDoS). Esta táctica, que interrumpe el acceso a las páginas web inundándolas con oleadas de solicitudes, iba dirigida contra las instituciones financieras que se habían negado a procesar las donaciones a WikiLeaks, incluidas PayPal y

MasterCard. Con cada operación, Anonymous se envalentonaba aún más.

Aun así, incluso después de que Anonymous se alejase del incontrolable pandemonium de troleo para participar en la esfera política mundial, cada vez que la gente examinaba sus intervenciones activistas —ya fuese en una protesta callejera o a través de una intrusión informática de alto nivel— parecía surgir siempre la misma pregunta: ¿actúan Anonymous y sus partidarios disidentes impulsados por principios? ¿O se trata simplemente de unos críos que se dedican a joder en Internet como trols pasados de luz?

Esta confusión es perfectamente comprensible. Más allá del compromiso fundacional de mantener el anonimato y de una generalizada dedicación al libre flujo de información, Anonymous carece de una filosofía consistente y de un programa político. Si bien se le reconoce cada vez más por su disidencia digital y su acción directa, Anonymous nunca ha exhibido una trayectoria previsible. Dado que la ascendencia de Anonymous se encuentra en el ocasionalmente humorístico, a menudo ofensivo y a veces profundamente invasivo mundo del troleo en Internet —cuya lógica básica parece ser, al menos a primera vista, un terreno inhóspito para el cultivo de sensibilidades comprometidas y empeños politizados—, resulta sorprendente que su nombre se convirtiese de entrada en un estandarte aprovechado por los activistas políticos.

DEL TROLEO A LOS INADAPTADOS DEL ACTIVISMO

Cuando analizamos los orígenes de Anonymous, el amplio despliegue tanto de la máscara de Guy Fawkes —su principal seña de identidad— como de las ideas que acabó vehiculando entre los manifestantes de la Plaza Tahrir, en El Cairo, o de la Puerta del Sol, en Madrid, parece absurdo. Antes de 2008, el apodo Anonymous se utilizaba casi exclusivamente para definir aquello que un Anon describe como *Internet motherfuckery* ("la mala leche de Internet"). Nacido en los foros del arbitrario tablón de imágenes /b/ de 4chan (considerado a menudo como "el retrete" o "el ano" de Internet), Anonymous era entonces sinónimo de troleo: una actividad cuyo objetivo es arruinar la reputación de personas y organizaciones y revelar información personal y embarazosa. Los trols tratan de amargarle la existencia a la gente mediante la difusión de contenido siniestro o perturbador, provocando polémicas o generando confusión. El caos

suscitado por estos encendidos conflictos se puede generar usurpando identidades, creencias y valores simplemente por su potencial dañino, invadiendo foros en línea con spam o pidiendo centenares de pizzas, taxis e incluso equipos de los GEO para que acudan a un domicilio específico. Cualquiera que sea la técnica empleada, a los trols les gusta decir que hacen lo que hacen por el lulz, un animado pero a menudo malintencionado estilo de humor que deriva de LOL.*

Una de las primeras incursiones de troleo protagonizada por Anonymous —una acción épica hasta el día de hoy— colocó en el punto de mira a Habbo Hotel, una plataforma virtual cuyo eslogan reza efusivamente, «¡Haz amigos, únete a la diversión, hazte notar!». Pensada para adolescentes, esta plataforma finlandesa anima a los visitantes a crear avatares de lo más cursi, estilo Lego, que pueden relacionarse entre sí y personalizar las habitaciones del hotel con “furni”**. El 6 de julio de 2006, Anonymous se conectó al sitio de forma masiva, presentándose todos sus miembros como hombres negros vestidos con trajes grises y llamativos peinados afro. Al navegar de esa manera, fueron capaces de congregarse colectivamente formando esvásticas humanas y piquetes, impidiendo ambos que los miembros más asiduos de Habbo —principalmente niños—, pudieran acceder a la piscina del hotel. Cualquiera que intentase comprender la situación era informado por los personajes bigotudos de que la piscina estaba cerrada «debido a una avería y al SIDA».

Un par de años después de las primeras incursiones en Habbo, y apenas seis meses después de haber sido etiquetados como «la Máquina del Odio de Internet», algunos Anons comenzaron a utilizar el nombre y cierta iconografía asociada —en particular hombres sin cabeza vestidos con trajes negros— para coordinar protestas políticas. Esta sorprendente metamorfosis surgió de lo que muchos consideran una de las provocaciones más épicas de Anonymous: desafiar a la Iglesia de la Cienciología. «De un modo nunca visto antes», destacó uno de los participantes en las incursiones, «la gran comunidad de Anonymous se unió para soltar una copiosa carga de “Que te jodan” sobre todo el imperio del culto de la Cienciología».² Impulsados por el lulz —por el deseo de liberar una avalancha de travesuras hilarantes y aterradoras— miles se subieron al tren del trol, bautizado “Proyecto Chanology”, para lanzar ataques DDoS a los sitios web de la Cienciología, encargar pizzas y prostitutas para iglesias de la Cienciología repartidas por toda Norteamérica, enviar por fax imágenes de partes de cuerpos desnudos a las iglesias e impulsar un aluvión de bromas telefónicas, especialmente

dirigidas contra las líneas directas de la Dianética, destinadas a ofrecer consejos con respecto a «la primera tecnología realmente viable de la mente».

Al igual que había sucedido con la mayoría de las incursiones anteriores, muchos esperaban que este copioso “Que te jodan” seguiría su curso y se agotaría tras unos cuantos días de travesuras lúdicas y brutales. Pero un corto vídeo realizado por un pequeño grupo de participantes —creado solo para el lulz— provocó un serio debate en las bases de Anonymous. El citado vídeo “declaró la guerra” a la Iglesia: «Por el bien de vuestros seguidores, por el bien de la humanidad —y para nuestro propio entretenimiento— procederemos a expulsaros de Internet y desmantelaremos sistemáticamente la Iglesia de la Cienciología en su forma actual.»³ Esta irónica declaración de guerra incitó a la gente a debatir y luego la catapultó a las calles. El 10 de febrero de 2008, más de siete mil personas en 111 ciudades se manifestaron protestando por los abusos contra los derechos humanos y los actos de censura practicados por la Iglesia de la Cienciología.

Por lo tanto, Anonymous pasó (según le explicó más tarde a mis alumnos un Anon participante) de las “cabronadas ultracoordinadas” a la difusión de hechos incriminatorios relacionados con la Cienciología. También forjó vínculos con una generación más vieja de disidentes que hacía tiempo que difundía los abusos cometidos por la Iglesia. El troleo había dado paso a un serio empeño activista, como si Anonymous hubiese emergido de su santuario en la red decidido a mejorar el mundo. Durante los dos años siguientes, algunos miembros de Anonymous apadrinarían a subgrupos de activistas ajenos y muchos participantes llegaron a identificarse como activistas de buena fe, si bien con un toque transgresor.

Muchas de las acciones protagonizadas por Anonymous, como la creación de vídeos publicitarios convertidos en una institución vernácula en sí mismos, son absolutamente legales. Pero hay un subconjunto de tácticas —especialmente los ataques DDoS y los hackeos— que son ilegales. Actos criminales bajo cualquier circunstancia, al menos en Estados Unidos. Los funcionarios del gobierno han realizado numerosos intentos de etiquetar sus actividades bajo el término genérico de “guerra informática” —para perseguir en consecuencia a sus participantes. El ejemplo perfecto de esta maniobra se dio el 21 de febrero de 2012, cuando el *Wall Street Journal* publicó que el general Keith Alexander, entonces director de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA), había suministrado información a funcionarios de la Casa Blanca en el trans-

curso de reuniones secretas. El general Alexander afirmó que Anonymous «en uno o dos años podría tener la capacidad de provocar un apagón eléctrico limitado mediante un ciberataque». [4](#)

Mientras el artículo del *Wall Street Journal* rebotaba por las redes sociales, surgieron algunas preguntas. ¿Acaso esta afirmación le parece creíble a alguien? ¿Qué significa exactamente “capacidad” de provocar un apagón? De ser verdad esta afirmación, ¿cuál sería una respuesta apropiada? Es improbable que alguna vez lleguemos a saber si esa afirmación de la NSA se basaba en información fiable o si se trataba simplemente de ensuciar y desacreditar a Anonymous. En cualquier caso, la afirmación del general Alexander consiguió, al menos momentáneamente, presentar a Anonymous como una amenaza semejante a la de los yihadistas islámicos en la actualidad o a la del bloque comunista en tiempos pasados.

En última instancia, el mensaje no resultó convincente. Que se sepa, Anonymous, con todas sus diversas tácticas —tanto legales como ilegales, online y offline— nunca ha llamado públicamente a hacer semejante ataque. Y no existe ninguna prueba que sugiera que hayan contemplado esa idea. Poner en peligro vidas humanas nunca ha sido un tema de debate entre sus miembros, ni siquiera durante las más atropelladas conversaciones de salas de chat y foros. Las noticias posteriores citaban a activistas y expertos en seguridad que rechazaban las afirmaciones de la NSA, calificándolas de “información alarmista”. [5](#)

A pesar de que una táctica de esta naturaleza sería absolutamente impropia de Anonymous, la relación del grupo con la opinión pública sigue siendo ambivalente. Los métodos practicados por Anonymous son a veces subversivos, a menudo rencorosos, en general imprevisibles y con frecuencia desdeñosos de la etiqueta o la ley. Tomemos el ejemplo del “doxeo”: la filtración de información privada —números de la Seguridad Social, direcciones particulares o fotografías personales— constituye un vacío legal, porque parte de la información revelada se puede encontrar en sitios web de acceso público.

En realidad, una sola operación de Anonymous puede integrar las tres modalidades —tácticas legales, ilegales y legalmente dudosas— y, si alguien tiene la oportunidad de incorporar el lulz a una operación, lo hará. Un ejemplo perfecto es la Operación BART, que se llevó a cabo en agosto de 2011. Anonymous entró en acción cuando los funcionarios del Distrito de Tránsito Rápido del Área de la Bahía de San Francisco (BART) intentaron desactivar la recepción de telefonía móvil en los andenes de la estaciones con el propósito

de impedir una marcha convocada para protestar por la brutalidad policial. Los activistas locales habían convocado una manifestación de protesta contra el tiroteo que acabó con la vida de Charles Hill, un pasajero desarmado. Poco después, indignados por la intromisión de las autoridades en un acto de expresión democrática, algunos Anons ayudaron a organizar manifestaciones callejeras.

Un par de personas hackearon los ordenadores de BART y divulgaron datos de sus clientes con el fin de captar la atención de los medios de comunicación. Alguien encontró también una fotografía picante, en la que el portavoz oficial de BART, Linton Johnson, aparecía semidesnudo en su web personal. La foto fue reeditada en el sitio web “bartlulz” acompañada de esta impúdica reflexión: «si vas a ser un capullo con el público, seguro de que no te importará mostrarle la polla»^{***}. En ocasiones tímidos y traviosos, a veces serios y estimulantes, a menudo todo a la vez (como la OpBART demostró perfectamente), aún a día de hoy estos activistas embaucadores están motivados por un anhelo colectivo de gamberradas y de lulz.

«LO HICE POR EL LULZ»

¿Acaso la adopción permanente de la cultura de las travesuras en Internet, del lulz, significa que llevar a cabo una investigación sobre Anonymous es un asunto alegre y desenfadado, la esencia de una diversión antropológica? Buscando información sobre la sorprendente metamorfosis de Anonymous —de inadaptados del troleo a inadaptados del activismo—, inicié en 2008 un estudio antropológico sobre el grupo. Al principio, mi investigación era sencilla, directa y ligera. Acudía a las protestas y seguía los debates en los foros virtuales y en Internet Relay Chat (IRC), una de las aplicaciones de comunicación más importantes para Anonymous (y muchos otros geeks y hackers).

En 2011, cuando Anonymous comenzó a desarrollar más tentáculos y los activistas pusieron en marcha docenas de operaciones políticas, este proyecto hasta entonces secundario se convirtió en mi vida. Durante más de dos años estuve permanentemente conectada online un mínimo de cinco horas diarias, luchando por mantenerme al día respecto de todas las operaciones que se llevaban a cabo de forma simultánea, algunas de las cuales se me ocultaban debido a su naturaleza clandestina. Investigar a Anonymous era como seguir un hilo a través de un sendero sinuoso y oscuro sembran-

do de rumores, mentiras, secretos y la macabra realidad de espías e informadores. El viaje ha estado marcado por vertiginosos estremecimientos, decepcionantes callejones sin salida y contorsiones morales, donde dilemas éticos en apariencia insolubles coexisten tranquilamente con ejemplos inequívocos de sacrificio y riesgo inspiradores. Más allá de las consecuencias derivadas de sus acciones, la propia estructura organizativa de Anonymous parecía igualmente intrincada y desconcertante. Con el tiempo algo quedó claro: Anonymous no era un simple laberinto, con una estructura y una ruta de escape que se revelaban a vista de pájaro; Anonymous era un laberinto mucho más complicado y enredado. No se trataba de un laberinto estático como el que Dédalo construyó en Creta para alojar al Minotauro. Era un mecanismo infinito que operaba un hermético bucle recurrente en el que los laberintos creaban laberintos que creaban laberintos.

A pesar de las dificultades a las que tuve que enfrentarme cuando atravesaba este laberinto, poco a poco llegué a conocer a Anonymous, y él a mí, en ocasiones a nivel personal. En mi calidad de antropóloga, observé, escuché, entrevisté, debatí, interrogué y presioné. En algunos momentos incluso participé, siempre que mi contribución fuese legal. Mis tareas eran diversas: revisar manifiestos, enseñar a los periodistas cómo encontrar a Anonymous y corregir la información errónea.

Mi nivel de participación estaba limitado por barreras autoimpuestas y externas. El imperativo antropológico exige cierto grado de distancia, al tiempo que nos obliga a indagar en niveles más profundos. El truco consiste en integrar e ir más allá de la versión de los hechos que proporcionan los participantes. Yo simpatizaba con muchas de las causas y tácticas de Anonymous, pero no con todas ellas. Los dilemas morales de índole diversa creaban una distancia crítica. A causa de la naturaleza ilegal de algunas de sus actividades, determinadas áreas me estaban vedadas. Esto era mejor para Anonymous y para mí. Más tarde, después de los arrestos y las condenas, pude enterarme retrospectivamente de algunas acciones ocultas realizadas por el colectivo.

Con el predominio de las tácticas activistas en un nuevo grupo de Anons, hacia el verano de 2011, los desafíos cambiaron. Anonymous comenzó a desafiar a empresas de la lista Fortune 500 y a los contratistas militares en materia de defensa. Hackers mercenarios doxearon a Anons, revelando sus identidades a las autoridades policiales mediante la publicación de nombres legales, fotografías personales y domicilios. Algunos Anons empezaron a filtrar informa-

ción sensible, clasificada o humillante. Entonces el FBI decidió intervenir. No importa cuánto luz inyectase Anonymous en una operación: el humor no podía detener la propagación de un doloroso malestar entre los miembros y observadores del colectivo. De modo que, aunque a menudo mi investigación sobre Anonymous resultase emocionante, y sin duda siempre una aventura, a la larga hizo que me volviese paranoica.

Era una profunda sensación de paranoia, que planeaba sobre todas las cosas, como una perturbación barométrica antes de la llegada de un tornado. Me parecía justificada, pero quizá fuese por causa de la propia paranoia. Mientras llevaba a cabo mi investigación sobre Anonymous, tenía que mantener a los agentes de la ley alejados de mí y de mis datos. Cruzar una frontera representaba días de preparación para poner mis notas a buen recaudo y montar un ordenador de viaje seguro. El interrogatorio por parte de las autoridades siempre me parecía inminente. No me planteaba si los tíos del FBI me harían una visita, sino cuándo la harían. Me mantenía en guardia para proteger mis fuentes. Recordaba a los Anons que debían tener cuidado con lo que me contaban. Nunca participaba en sus canales privados cuando planeaban operaciones ilegales.

A ojos del gobierno, yo me escondía estando a la vista de todos. No era una persona anónima en absoluto, esa era la ironía: pronunciaba conferencias sobre Anonymous, me entrevistaban periodistas continuamente y hablaba a menudo sobre Anonymous en programas de radio y televisión. En mi condición de profesora y académica de una importante universidad americana, era una persona fácil de localizar. En ocasiones, hasta altos ejecutivos de algunas de las empresas más poderosas del mundo se ponían en contacto conmigo, llamándome personalmente con la esperanza de que pudiese ofrecerles alguna información sobre un colectivo al que muchos de ellos habían llegado a temer.

Una pesadilla recurrente me persiguió durante años. Agentes del servicio secreto aporreaban mi puerta. Yo me despertaba súbitamente y me sentaba en la cama con el corazón desbocado: «Están aquí.» Era como *Poltergeist*, excepto que la cama no se sacudía y la posesión satánica desaparecía tan pronto como me sentaba sobre el revoltijo de sábanas.

Un día de 2012 despejé los restos de mi turbulento sueño con una taza de café bien cargado, dejando la pesadilla en un segundo plano para otro día. Con el cerebro plenamente en marcha caí en la cuenta de que ese día, 19 de abril, los papeles se invertirían: hoy sería yo quien llamaría a las puertas del Servicio de Inteligencia y